

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

PARA SOLDAR EL CAREY.

Pónganse las orillas de las piezas de suerte que vengan bien unas con otras, cuidando dar la misma inclinacion de grano á cada una de ellas; asegúrense después en un pedazo de papel, y colóquense entre hierros calientes ó tenazuelas, apriétense con alguna cosa de peso y déjese que se enfrien. Cúidese de no aplicarles tanto calor que se quemel CAREY.

LA VISTA.

Algunas personas recurren al expediente, como un remedio, de cubrir sus ojos con sombras verdes ó azules ó de otro color cuando sienten algo que les molesta la VISTA: esto es perjudicial, pues los mejores oculistas han comprobado que toda sombra daña á la VISTA en lugar de fortalecerla, porque acalora é irrita la parte afectada. Cuando los ojos, ambos ó uno solo, estén lastimados y ofenda la luz, el mejor arbitrio es atarles encima un pañuelo frio de hilo. En cuanto á los anteojos ó espejuelos de color, lo mismo que cualquiera otra sombra, son indudablemente dañosos á la VISTA: los mejores anteojos son los mas parecidos en color, al cristal, y debe cuidarse de que no tengan quiebras de ningun género. El cristal de roca es la mejor materia para anteojos, y á defecto de este, el vidrio mas fino.

BOLA (ENCERADO) PARA ZAPATOS.

Negro de marfil, cuatro onzas; azúcar de la mas ordinaria, tres onzas; aceite de comer, una cucharada comun: añádase á

esto un cuartillo de cerveza suave. Mézclase todo poco á poco en frio.

ENSALADA DE LANGOSTA.

Las yemas de dos huevos que se hayan cocido hasta quedar duros, mezclense con una cucharada de leche ó natas; añádase después á esto dos cucharadas de aceite; revuélvasele poco á poco una cucharadita tetera de sal, y otro tanto de mostaza; añádase poco á poco tres cucharadas de vinagre, revolviéndole con los demás ingredientes: sáquesele á la LANGOSTA la carne de las tenazas y el cuerpo, córtese en pedazos y mézclase con endivia (especie de escarola) picada y lechuga. La parte suave del pez puede revolverse con la ensalada, que se pondrá en el centro del plato, no moviéndolo todo sino hasta la hora de ir á servirle. Los cangrejos se guisan muy bien así.

Modo de hacerse ondas en el pelo.

Humedézcasele, téjase en trencitas y oprímase con un hierro de rizar ó déjese algunas horas trenzado.

PARA GUARDAR LAS UVAS.

Pueden guardarse las UVAS empacándolas en jarras (envolviendo antes cada racimo en papel de china), y cubriendo cada capa con salvado bien seco poniendo un poco de este en el fondo de la jarra, luego una capa de salvado y así con todo, alternando las capas de UVAS y las de salvado, hasta quedar llena la jarra: sacúdase después suavemente, llénese de salvado hasta la boca, tápese muy bien con una vejiga, luego con una tapa, y guárdese en un paraje seco.

UN SECRETO DE CASADA.

Mas todas las (cosas) que son reprehensibles, se descubren por la luz; porque todo lo que se manifiesta, es luz.—SAN PABLO: Epist. á los corint., V, 13.

EN un primoroso aposento de una preciosa casa del Puente de Alvarado, en la deliciosa Méjico, engañando el tiempo estaba una fortunada pareja sentada junto á una mesa de elegante figura.

Para que no alegue ignorancia la apreciable lectora que se digne pasar sus ojos por estas líneas, de luego á luego diremos en pocas palabras que en la época del presente relato hacia sobre cinco años que el señor don Estévan Ruijosa, adinerado negociante, y la linda Isabel Cabrera unidos con matrimoniales vínculos, disfrutaban de la vida mas feliz y alegre que apetecerse puede, sin que en tanto trecho hubiera la mas ligera desavenencia ni la mas leve pesadumbre turbado la paz y el contento de ninguno de los dos. Ahora bien, la pareja de que hablamos al principio es la misma de que acabamos de hacer mencion. El mundo que, dígame lo que se quiera, no deja de clavarse algunas veces, habia pensado que Isabel, jóven preciosa y de familia distinguida, pero escasa de fortuna habia sido casada con don Estévan, mozo tambien pero de ordinarios pañales, por miras de pura conveniencia pecuniaria, sin parar la consideracion en que don

Estévan, habiéndose formado él solo no solamente se habia granjeado á fuerza de laboriosidad, honradez y delicadeza una estimacion universal, sino que además se habia hecho lugar entre lo mejoreito de la sociedad. Y el caso es que él y su consorte se habian amado muy de veras antes de casarse, lo que confesamos que nada tenia de particular, y se amaban muy tiernamente después de casados, lo cual no es cosa de verse todos los dias; y el caso es tambien que sin embargo de lo mucho que se querian, Isabel nunca habia podido mirarle, allá en el fondo de su alma sin un respeto profundo, con cierto respeto reverencial, propio, si no nos equivocamos, en toda persona que vive persuadida de que el matrimonio no es un juguete y de que "el marido es cabeza de su mujer."

Basta de digresion y vamos al grano.

Los felices esposos estaban pues, como íbamos diciendo, sentados delante de una mesa. Hacia una hermosa mañana de primavera, y desde el aposento, cuyas ventanas daban á la frondosa huerta, se oia el suave trinar de los pajarillos, se sentia el fragante olor de las flores y se percibia el espumoso chorro de la cristalina fuente

que daba vida á las plantas y refrescaba el aire.

Tenia en sus manos don Estévan un periódico, periódico de no muy pequeñas proporciones, con su *folletín*, es decir una novela de Dumas mal escrita y peor traducida, su *editorial* lleno de frases pomposas y sin sustancia, sus *relazos* ó artículos de chismografía, fuera de sus incontables erratas, y de sus infinitos despropósitos de todas calidades y tamaños. Bien que don Estévan estuviera allí sentado con ánimo de leer lo que el periódico contenía, no podía llevar á efecto su propósito, porque su hijo primogénito, muchacho colorado y rollizo de tres años, travieso como la piel de Judas y consentido como todo hijo único, había tomado por entretenimiento hacer á su papá un millon de diabluras tales como estirarle de vez en cuando el impreso, peinarle la cabeza con un clavo, y cerrarle los párpados; todo lo cual hacia sonreír con disimulo á Isabel, amoscando y divirtiendo alternativamente al mártir padre.

Delicioso era el espectáculo aquel, así por las originales travesuras del chico, como por la forzada seriedad del esposo y las reprimidas risadas de la mamá, y la elegancia del moblaje, y el perfume de las flores.

En medio de esto presentóse un criado trayendo varias cartas. Entre las de Isabel algunas habia particularmente mal escritas y dobladas, cosa muy poco digna de llamar la atención á no ser porque otras, las menos en verdad, traian todos los caracteres contrarios.

Isabel al punto que recibió sus cartas se puso pálida, luego colorada, y agarrándolas con azogamiento sin siquiera imponerse de su contenido, metió las feas en la bolsa de su delantal de raso. Ruijosa leyó en dos por tres las suyas, pues eran

de hombres y trataban solamente de negocios comerciales y bien sabido es que el comerciante, cuando es de los que lo entienden, gasta poca tinta, emplea poco tiempo y sobre todo procura el menor posible provecho á la renta de correos. Concluida su tarea, levantó los ojos, y al ver á su esposa embebecida en la lectura de una epístola de cuatro caras, con letra muy metida y renglones muy juntos, verdadera carta de mujer, no pudo menos de sonreírse.

—¡Jesús te valga! exclamó luego en tono de chanza, ahí tienes con eso para divertírte hasta la noche: mientras acabas voy á mandar á Guillermo á la Alameda para que me deje leer el diario con sosiego.

Sin embargo Isabel no se imponía de la charla del papel en que tenia puesta la vista: era evidente que su pensamiento estaba divagado en otra cosa y que aquello no venia á ser mas que una engañifa, un pretexto para no despegar los labios, un medio de disimular la agitacion de su ánimo.

¿Qué pasaba pues por ella?

A su tiempo lo sabrá quien gustare seguir esta historia.

Entre tanto don Estévan, habiendo llamado con la campana, y dado sus órdenes, se enfrascó á todas sus anchuras en la lectura del papelote.

De repente, brincó en su asiento y despidió una triste exclamacion.

—¿Qué te sucede? preguntóle asustada su mujer.

—¡Mira qué desgracia! ¡Una quiebra! ¡Y de quién te parece?... ¡De un hombre muy honrado, que llevaba muy bien sus negocios, de quien nunca jamás hubiera yo... ni nadie esperado un golpe como este! ¡Ya!... tambien hace meses que se hablaba de él por gastador, susurrando las gentes que su mujer habia de arruinarle.

—¡Su mujer!

—Sí. Pero en resumidas cuentas, no entiendo cómo puede ser eso. Unos cuantos centenares de pesos no creo yo que pudieran importar cosa para un caudal como el de Banel, y á mas no me parece que su mujer gastara mas que tú.... Por lo menos, nunca supe yo que se plantara nunca mejor que tú.... Lo que me imagino que haya sucedido es, que ella se habrá metido bárbaramente en deudas sin conocimiento de él, y deudas gordas.... y las deudas son una cosa que crece extraordinariamente en un abrir y cerrar de ojos y que acarrea miles de trabajos y congojas.... Dicen las gentes que cuando llegó el dia crítico, cuando se llegó la hora de pagar, hubo dimes y diretes, se descompuso el matrimonio, se abatió él, abandonó sus negocios y paró en meterse á tontas y á locas en especulaciones descabelladas.

—¡Qué horror! tartajeó Isabel.

—¡Y de veras! Yo no sé lo que haria yo con una mujer semejante.

—¡No la perdonarias, queriéndola mucho? preguntó Isabel con el acento sosegado de una agitacion reprimida.

—Acaso sí... pero una sola vez, y eso si su yerro era efecto de inexperiencia juvenil... pero ha de haber en estas cosas tanta falsedad, tantos miserables engaños y tales extravíos que por buena cuenta doy mil gracias á Dios de no verme puesto en ocasion.

Don Estévan al hablar así tenia los ojos clavados en el periódico, sin ocurrirle por un momento dirigirlos á su mujer.

A poco, Isabel se hizo escurridiza: no advirtió su ausencia su marido.

Entróse Isabel en su recámara, torció la llave, y echándose en un taburete, dió suelta á su dolor con el mas amargo llanto que en su vida hubiera vertido.

Ella, jella tambien estaba atrapada! atrapada *bárbaramente*, como habia dicho tan acertadamente su marido, atrapada de tal manera que no alcanzaba ya la crecida suma que para sus alfileres le pasaba Ruijosa á satisfacer sus cuantiosos compromisos... Así, en abogo tal, no tenia ella ni siquiera el ánimo suficiente para abrir á él su pecho, evitándole el pesar de que en breve lo supiera por boca ajena. ¡Véase por donde vino á turbarse su sosiego, por qué mezquino principio vinieron á mezclarse las amargas lágrimas con su vida de dulzura! ¡Y qué *falsedad*, cuántos *miserables engaños* y qué *extravíos* no deberian ser los suyos!

Para colmo de desgracia, ni aun el triste consuelo de llorar le era permitido, pues temia que se maliciara algo de sus lágrimas; de suerte que después de un rato, reprimió su llanto, enjugóse cuidadosamente los ojos, bañóselos con agua fresca delante de su espejo y tapándose los un poco con su suave pelo, disimuló bastante bien las huellas de las lágrimas. Nunca, ni cuando se vestia de gala habia consultado con tanto afán el espejo, y ahora le chocaban sobre manera las ojeras que advertia ella misma.

Sentóse delante del espejo, apoyada la cabeza sobre una mano y empuñando con la otra las cartas que aun no habia tenido valor para abrir. Tocaron quedito á la puerta.

—¿Quién es? preguntó.

—Yo, señorita, contestó Jerónima, su fiel camarera. Ahí busca á su merced la *madama*.

Isabel torció la llave y mandó que entrara la visita: la desconsolada esposa contaba recibir algun consolon de parte de la persona que la buscaba y á quien conocia mas quizá de lo que le conviniera.

La *madama* se daba el nombre de Fran-

cisca Lumieres y se hacia pasar por francesa; pero no era en realidad sino una judía inglesa, de mala familia, y que se llamaba Rebeca Samuel. Su oficio era honesto, el mismo de tantos hombres que de la noche á la mañana se levantan con un asombroso capital, á que hacen mil acatamientos las gentes; su oficio era pues la usura, la venta y compra de los desechos de las damas de moda; y si vale decir verdad, pocas de su gremio sabian sacar tanto provecho del arte de embaucar á los *marchantes*. Cargaba siempre consigo una asquerosa bolsa con dinero, para aprovecharse de la necesidad de las personas con quien hacia su tráfico.

Madama Lumieres, pues así es preciso llamarla ya que este nombre era por el que la conocian, era una mujer de pequeña estatura, mal vestida, de unos cuarenta años, ojos brillantes, narices de pico de loro, inquieta y de voz chillona: su jerigonza era un *chapurrado* de castellano y francés tan mal hablado uno como otro.

—*Bon jour*,¹ señorita Isabel, dijo al irse colando en la recámara, ni preguntar por la salud, ¿es usted *si charmante*?² ¡Oh, y qué *belle*!...³ Por eso gasta usted vieja ropa mas largo tiempo que otras señoritas y tienústé tan poco que me vender. Señorita Isabel es de todas maneras *charmante*; mas non *pour* esto debe se traer vieja ropa... porque el *marit pour* supuest y los comerciant no les gusta esto... ¡ja! ¡ja!

¡Pobre Isabel! No estaba ella de humor de celebrar los nauseosos chistes y cumplimientos de madama Lumieres; y luego no dejaba de estar ella tal cual impuesta de las *trácalas* y sacaliñas de la madama; pero tenia que tolerarla por necesidad.

—Siéntese usted, madama Francisca,

¹ Buenos días.—² Tan preciosa.—³ Hermosa.

díjole; me encuentro en un terrible apuro de dinero; pero en verdad no sé lo que le tengo á usted por acá.

—El terciopelo verde que no ha querido usted me dejar todavía.. Todavía le doy á usted veinte pesos *pour* él, y que mucho le habrá usted usado desde entonce.

—Solo dos ocasiones... solamente siete veces por junto... Y me costó ochenta pesos, dijo suspirando Isabel.

—Ah, pero ya es pasado la moda, y tan pasado... No creo le sacar el dinero. *Vo-yez-vous*,⁴ señorita Isabel es una chiquita señorita... *si jolie maistrès petite*.⁵ Si usted estaba una alta *grand* dama, *pour* supuest los vestidos grandes poderian venir á las chiquitas señoritas, pero los chiquitos vestidos no vienen bien que á pocas.

—Si vendo el terciopelo verde necesitaré otro para el invierno que entra, dijo en voz baja Isabel.

—¡Ah!... *vous avez raison*,⁶ cuando llegan *les nouveautés* de la temporada. Oiga usted... véndame tambien el vestido de punto blanco que me hizo ver una vez, este dia que le merqué un chiquito aderes de perlas.

—¡Qué! ¡mi vestido de boda? ¡Oh, jeso sí que no! ¡No he de venderlo! exclamó la infeliz Isabel apretándose convulsamente sus lindas manos.

—¿Y *pour* qué?... Usted no piensa se volver á casar... Yo le doy por él ciento pesos.

—¡Cien pesos!... ¡Es de punto de Bruselas, madama! y costó seiscientos.

—¡Ah, sí! pero usted no piensa que tengo que le traer diez años sin salir de él... y tambien usted, señorita, usted compra caro, ¡como toda grande dama!

Y diciendo esto, madama Lumieres

⁴ Ve usted.—⁵ Tan bonita, pero muy chiquita.—⁶ Tiene usted razon ó dice usted bien.

meneó la cabeza con la solemnidad de una persona de años y de mundo.

—¡No, no! ¡por ningun camino! No puedo yo vender mi vestido de boda.

Y la tentadora vieja quedó por entonces al parecer chasqueada; pero al cabo de una hora *la madama* salió de la casa con un voluminoso envoltorio bajo el brazo y mucha ufanía en su fea cara.

Isabel volvió á encerrarse en su recámara. Puso unos rollos de pesos sobre la mesa, se tiró sobre un taburete y después de haber dejado correr, sin despegar sus labios, unas cuantas lágrimas ardientes, por sus irritadas mejillas, cobró por fin ánimo y comenzó á abrir las tres cartas que hasta entonces habia tenido cerradas en la bolsa del delantal. Pasó la vista por la primera, luego por la segunda, sin dar á entender que hubiese encontrado en ellas cosa alguna que reparar, si bien contenian nada grato; pero no fué así con la tercera, pues en ella advirtió un exceso considerable en la cuenta, lo cual no dejó de alegrarla, por aquel principio de "del mal el menos." Levantóse apresuradamente y abrió un *buró* (papelera) pequeño que habia servido de mucho tiempo atrás para guardar cartas viejas y cuentas pagadas.

A decir verdad, lo interior de la tal papelera no presentaba á la vista un órden regular: tarjetas de matrimonio, entierro y visita, blancas, negras y azules, gruesas unas, transparentes otras; cuentas pagadas y por pagar; copias de versitos malos, peores y pésimos, donde el corazon, el alma y el pecho hacian todo el gasto; mil otros papeles *inclasificados é inclasificables*, todo estaba allí revuelto y de suerte tal que no era extraño ver á Isabel afanarse en vano buscando la cuenta primitiva con que deseaba cotejar la que habia recibido en la mañana. En medio del azogamiento y

la impaciencia que de poco tiempo á aquella parte habia venido á hacerse como genial en ella, trabucó el escritorio, vació sobre una silla lo que contenia, y luego, hincando la rodilla delante de esta, se echó á pechos el trabajo de examinar uno por uno los papeles todos. En esta faena, vínosele á las manos una carta con que no debia esperar encontrarse allí y que conservaba la impresion de una rosa, de la cual aun se hallaba una que otra hoja seca ya, entre los dobleces del billete: esta rosa, don Estévan se la habia dado la víspera de darse con ella las manos, y la carta, escrita de puño y letra del mismo, era anterior de pocos dias á la rosa. Temblándole la mano, encendido el rostro y zumbándole los oidos desdobló el papel, y si bien no podia tener por la ocasion interés ni novedad alguna para ella, quedóse embebecida contemplando sus caracteres como si aquello le refrescara la memoria de otros felices tiempos.

Costumbre es reirse de las cartas amatorias, quizá porque solamente se sacan á luz las necias: las personas de ambos sexos que tienen sentimientos delicados miran estas efusiones como sagradas, y revelarlas á un tercero seria una profanacion. Ahora, cuando á un corazon sincero y ardoroso se junta una inteligencia varonil; cuando la razon sanciona y la constancia mantiene la eleccion que se ha hecho, rara vez dejarán de encontrarse en la carta amatoria muchos rasgos de candor, lealtad y afectuosa elocuencia. La que á la sazón ojeaba Isabel con sentimientos extraños y confusos, era seguramente contestacion á algunos chicleos de esos que parecen dictados por una loable modestia, pero que no son mas que efecto del deseo de elogios, y contenia estas palabras:

Me dices que en los escasos dias de tu vida pasada, adviertes ya muchas niñadas y que mu-

chos defectos tienes que yo no he notado nunca.

No dudo en creer que haya exageracion en esto, pero como quiera, dígame que así será.

¿Y qué? Nunca se me ha venido á la boca llamarte ángel, ni me pasó jamás por la imaginacion el deseo de que fueras perfecta. Las debilidades que son inseparables de las criaturas, con tal que sea buena el alma, mas bien sirven para apegarnos á ellas que á desviarnos. Yo te tengo en el concepto de una niña leal, pero inexperta: no me pesa á mí de ser quien te dé lecciones de mundo... Sean cuales fueren los males y las penas que te destine Dios en la vida, quiero partírtelos contigo. Tratémonos con lamas completa confianza, sin que tengamos secretos uno para otro; y mientras la verdad, que da su mayor brillo á tus ojos y su mas rico matiz á tus mejillas, reine en tu alma, no puedo ni por sueño imaginarme de tí un yerro tan grave que merezca un castigo mas duro que el perdon.

¿Qué renglones para leídos en aquellos momentos! Nada extraño es que hicieran en su mente una impresion distinta y muy mas profunda ahora que antes. Cuando la recibió, maldita importancia le habia dado; habiála tirado donde quiera... ¡cuán poco presente habia conservado su contenido!

Brotaron á torrentes sus lágrimas; pero ya no pensó en contenerlas, y por entre ellas vióse brillar en sus ojos un contento cual jamás habia sentido: es que se formaba poco á poco en el fondo de su alma una resolucion que sus mas finos afectos aprobaban; resolucion que una hora antes le hubiera parecido un desatino.

—¿Por qué le he temido tanto? habló para sí Isabel. No he debido necesitar la garantía que me da esta carta para echarme á sus piés y pasar por su indignacion, aun por su desprecio, antes que seguir engañándole. Sí, sí....

Y diciendo esto y arrebatando un monton de papeles con la "carta amatoria" en-

tre ellos, encaminó aceleradamente sus pasos á la pieza donde habia dejado á su marido leyendo el papelote de la Crónica extranjera, el *Follein*, el *Editorial* y la Gacetilla de la capital con sus *retazos* inclusive.

Ya á la entrada, Isabel se detuvo de pronto, vacilante entre retirarse á presentarse á los ojos de don Estévan: cuánto y con qué fuerza le palpitaba el corazon y le temblaba el cuerpo todo, por demás es decirlo. Al fin, entregándose en brazos de la Providencia y antes que algo viniera á resfriar su generosa resolucion, se determinó á pasar adelante.

Ruijosa habia concluido la lectura del papelucho impreso y estaba escribiendo un apunte importante, sentado de espaldas á la puerta: al percibir los pasos de su mujer, no volvió tanto la cara que pudiera haberle visto el semblante.

—¿Ya, por fin? díjole con afectuoso y chancero acento. ¿Qué has estado haciendo? ¿Ya no piensas ir á ver el brazaletes aquel de que te tengo hablado?

—No, Estévan... no pienso yo ahora en brazaletes... ni quiero que vuelvas tú á pensar en darme joyas.

Y hablando así, Isabel habia tenido que acercarse á una silla para poderse mantener en pié.

Su marido al oirla expresar en términos tan extraños se volvió precipitadamente hácia ella, se levantó de un brinco y exclamó:

—¿Cómo!... Pero Isabel, ¿qué es eso, por qué lloras? Y mirando que aun teniendo pasado amorosamente el brazo por el cuello, permanecía sin despegar los labios: ¡Habla!... prosiguió; tu silencio me atraviesa el alma... ¿Por qué no quieres tratarme con confianza? Dime, ¿no lo merezco ya?

—Yo, yo soy.... dijo sollozando Isabel.

Tus palabras de *endenantes*... esta carta... me han hecho abrir los ojos... Ha llegado el caso de que yo te lo confiese... ¡Ay!.. yo tambien... yo tambien estoy... como la señora Barnel.... atrapada... bárbaramente atrapada.

Y con un ademan como de quererse ocultar bajo la tierra, se arrancó de los brazos de su atónito esposo y se dejó caer en el suelo.

Doloroso en sumo grado fué para don Estévan el conocimiento del yerro de Isabel; mas la vista de su profunda afliccion que daba á entender cuán amargo era su arrepentimiento, le atravesó el alma: tomola en sus brazos, púsola sobre un sofá, inclinó con ternisimo amor su cabeza hácia ella, prodigóla todos los nombres, todos los títulos con que acostumbraba halagarla, y una y mil veces imprimió en su frente el beso del perdon.

—¿Cómo es posible que yo te haya tenido tanto miedo! exclamó al fin Isabel asiéndole la mano y empapándola en lágrimas. ¿Cómo he podido dejar de conocer lo generoso que eres!

—Dime, dime, vida mia, cómo ha estado el caso; cuéntamelo todo desde el principio.

La bondad de su marido llenó de tal confusion á la esposa, que aun después de exhalar mil suspiros y haberse aflojado el vestido, para poder respirar con mas holgura, apenas pudo decirle con vocablos cortados:

—Antes de ser casada... me dijeron tanto... tanto me dijeron sobre lo que era necesario que hiciera una señora para presentarse en la calle.. y hacer papel.. Luego... me retardaban las cuentas... y... por mucho... mucho tiempo... me comprometian á comprar... Luego pensé que podria pagar todo... pero...

—¿No te alcanzaba con lo que yo te tengo señalado para tus alfileres?

Tom. II.

—¡Oh, sí, sí, eso sí! Pero sin cesar necesitaba yo algo... He sido tan débil... A madama Lumieres le he vendido vestidos que todavía estaban servibles, tomándole al fiado otros, y á mi doncella le he doblado el salario para compensarle lo que se llama los percances; hasta ropa que hubiera podido dar á señoras pobres he tenido el mal corazon de venderla. ¡Oh Estévan! me he portado muy mal; pero tambien he pasado unos dias horrendos. Me he sentido en un tormento de que solamente tú podias libertarme... y con todo, hasta hoy, me hubiera dejado morir antes que confesarte nada.

—¡Pobrecilla! Y ¿por qué era ese temor? ¿He sido alguna vez adusto contigo?

—¡No, no, nada de eso! ¡pero eres tan justo, tan rígido en estas cosas!

—Bien; ahora, Isabelita, dime qué tanto importará...

Hizo ella por hablar y no pudo articular ni una palabra.

—¿Tres números ó cuatro? Vamos, dime.

—Temo decírtelo... ¡ay!... cuatro... dijo Isabel entre dientes y tapándose la cara con ambas manos; sí, cuatro... y no me queda ni medio.

—Isabel mia; se pagará todo lo que debes, hoy mismo; pero en premio, tú has de prometerme una cosa, y es quedar satisfecha y feliz.

—Cuánta generosidad, Estévan... Y si hubieras sido un pobre, ¿qué hubiera sucedido?

—¡Oh!.. entonces... entonces hubiera sido una cosa muy distinta y muy triste. En lugar de parar esto en un poco de indulgencia, habria sobrevenido ruina y mendicidad y pesadumbres incontables. Una excusa has tenido, y es que sabias que yo estaba en estado de pagar.

—Sí, ¡pero á qué precio! ¡A costa de tu amor y tu confianza!

P.—19

—No, Isabel; pues tu confesion ha sido voluntaria; y no intento averiguar qué hubiera pasado por mí si lo hubiera sabido por boca de extraños. Después de todo, tú has caído en una tentación á que están expuestas las mujeres de los ricos mucho mas que las de los pobres. Las gentes que trafican no son tan tontas que den mucho al fiado á los *marchantes* que no puedan nunca pagarles... aunque...

—Maldito el cuidado les da de las pesadumbres que acarrean entre los ricos, interrumpió Isabel amargamente.

—Mira: tambien es menester confesar que por ambas partes hay culpa. A las niñas de tu condicion rara vez se les enseña á conocer lo que vale el dinero y que la integridad en materias de dinero debe ser para ellas un punto de honor. Ahora, óyeme lo que voy á decirte por último, y para que no volvamos á hablar nunca sobre este desagradable asunto. Supongo que tendrás la mas completa confianza en tu doncella y aquí para nosotros debe estar muy en el secreto: la induciremos á ser discreta cerrando para siempre nuestras puertas á madama Lumieres. Lo demás corre de mi cuenta. Dobleemos ya esta hoja. Vamos á mandar poner el coche y te llevaré á ver el brazalet.

—No, querido Estévan, no pensemos en el brazalet.

—Sí, sí. Aunque gracias á Dios, lo que ha pasado no ha sido una riña, ha sido sin embargo un mal rato que hemos tenido y es preciso que haya una ofrenda de paz. Y además, quiero que entiendas que mi voluntad y mis arbitrios de regalarte están muy léjos de haberse agotado.

—¡Cómo pude yo dudar de tu bondad! decia Isabel sollozando y derramando lágrimas de júbilo. Pero solo un marido como tú puede ser tan generoso, Estévan.

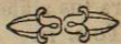
—Creo que pocos maridos habrá que no

aprecien la verdad y el candor como una de las primeras virtudes conyugales. ¡Ah! si hubieras tenido confianza en mí desde un principio, ¡cuánta pena no nos habríamos ahorrado ambos!

Abecé.

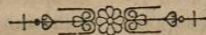
AMANTES Y MARIDOS.

Caso extraño es y triste, pero muy cierto no obstante, que cuando las jóvenes se consideran enamoradas rara vez ó ninguna, en llegando á casarse con el que es objeto de su amor, logran ser felices; sucediendo casi siempre que el que han elegido por esposo viene á resultar como individuo, muy distinta cosa de lo que ellas se habian imaginado cuando le trataron de novio. La imaginacion es hasta cierto punto mas fuerte que el juicio; y tan luego como se despierta en el corazon de una mujer la primera idea de amor, pónese la imaginacion á trabajar activamente en modelarse un amante, pero no así como quiera, sino dotado de todas las prendas propias para el objeto de su culto. El primer hombre cuya apariencia y cuyos modales le llaman la atencion á una joven á su entrada en el mundo, revístele ella por lo general de todas las perfecciones que se ha forjado en su mente, y considérase luego locamente apasionada de él sin tener el mas leve conocimiento de las verdaderas cualidades morales del hombre de quien se cree enamorada. ¡Es de maravillarse de que desposándose bajo estas circunstancias sea desgraciada! El objeto de su amor desaparece con la bendicion nupcial para no tornar nunca; y al abrir sus ojos á la realidad, mírase la alucinada mujer atada para toda su vida á un hombre que no puede menos de detestar, porque cree que se ha engañado con él.



ELENA LEITON.

(Traducida del inglés por Eufemio Romero.)



EL sol, acercándose ya al término de su cotidiana carrera, vibraba por despedida escasos rayos de viva y dorada luz á través del ramaje de los colosales y añosos álamos que orillaban en simétricas hileras el delicioso jardín en que Elena Léiton pasaba gratamente el tiempo pensando en su amante. Ora se agachaba á cortar una flor, ora se paraba á remirar con alegres ojos un anillo que jugando revolvía entre sus manos, y luego, por efecto de un sentimiento, de una replecion de amor de que solo tienen idea los enamorados inocentes y leales, particularmente cuando son jóvenes y romancescos, suspiraba al ver los primeros fulgores trémulos de la luna, á medida que el astro argentado de la noche asomaba su disco por el oriente, sintiendo la amante doncella introducirse poco á poco en su corazon una melancolía cuyo origen ni aun ella misma hubiera podido descubrir.

Aquí en este propio jardín, dias pasados, habia sorprendido el amor á Elena, manifestándose á ella por medio del mas tierno lenguaje: ella por su parte habia tratado de mirar con desden al que la cortejaba con rendida solicitud; pero la perseverancia se llevó al fin la palma, y el

anillo de esponsales vino al cabo á ser el indicante del triunfo del amartelado doncel. Y Elena, poniendo en ejercicio su vivísima fantasía, de antemano se saboreaba con la sabrosa idea de su ansiado dia de bodas, ese dia de gloria suprema para toda joven de imaginacion ardiente, que tantos suspiros arranca y tan halagueñas ilusiones engendra. Representábase á sí propia la gozosa niña los costosísimos y brillantes atavíos que al altar llevaria, la lozanía de su propio rostro, realzado con la satisfaccion de su pecho, en él pintado; la noble apostura de su gallardo novio, ostentando el oro y el terciopelo; la admiracion y los elogios de sus doncellas; el alegre tañido de las campanas anunciando su triunfal llegada á la iglesia; las flores que estarian regadas á su tránsito y que su planta hollaría ufana, al pasar por en medio de una valla de embelesados espectadores, para dirigirse al pié de las aras; todo esto y mucho mas que no decimos lo repasaba ella de continuo en su mente, y palpitábale el corazon de júbilo, júbilo que casi, tocándose los extremos, rayaba en tristeza.

En la vida pasada de Elena no habia una sola memoria de afliccion, el mas le-